

pez, de camino para su embajada de Mindanao, con orden que le diesen compañero de los que hubiese en aquellas residencias, y aunque el P. Juan Montiel era recién venido y no el más versado en la lengua de aquella region; pero como era tan hábil, y sabia las Matemáticas, ciencia que estiman mucho los de Mindanao, y era tan ángel en la vida y en la profesion, luego pusieron los ojos en él para esta empresa, así el P. Visitador como el Padre Alejandro, el cual le pidió con instancia, y fué inexcusable concederle, juzgando todos que era lo más conveniente para el fin que deseaban, ordenándolo así Dios para darle la corona que le tenia preparada en aquella mision.

Como si ya la viera delante de sus ojos, se alborozó con la nueva, y se dispuso con presteza lleno de gozo y alegría, mirando la puerta que le abria el cielo para obrar en provecho de las almas y padecer por Dios.

Partió con su dichoso compañero el P. Alejandro, y llegaron á 11 de diciembre de 1655 á la córte del rey de Mindanao, á quien dieron las cartas de la embajada y le exhortaron á que se hiciese cristiano, dejando él y los suyos la falsa secta de Mahoma, pues era su perdicion; y que, en cumplimiento de lo establecido en las paces, diese lugar á que se edificase iglesia en su córte, adonde los cristianos se juntasen á los ejercicios santos de su profesion, de que el sacrilego moro tomó tan grande indignación, que luego, sin más plazos ni tardanza, los mandó matar á ambos y á cuantos venian con ellos.

Comenzaron su crueldad por un criado, á quien, como dijimos en su lugar, procuraron los Padres defender; luego descargaron golpes sobre el P. Alejandro, á quien hicieron pedazos, y luego prosiguieron con el bendito mártir Montiel, á quien con el primer golpe abrieron la cabeza en dos partes, y diciendo «*Jesus Maria,*» Baratamar, rey de Buhayen, que se halló presente, le asegundó con un crisazo, que es una arma fuerte y grande, hondeada, cuya herida es insanable, y con suma fiereza lo atravesó los hijares de parte á parte, con que voló su espíritu al cielo, dejando la tierra fertilizada con su sangre, que como dice Tertuliano, es semilla de cristianos, y de cada gota brotarán en aquel reino enjambres que aumenten la Iglesia y pueblen las sillas del cielo.

El cuerpo hicieron pedazos los tiranos y le dejaron por escarnio en la plaza, hasta que el día siguiente le llevaron con el de su compañero arrastrando por las calles, y les echaron en el rio, de donde los sacó un cristiano y les dió sepultura en el campo.

Fué su glorioso martirio á 13 de diciembre, año de 1655.

P. ANDRADE.

P ESTÉBAN JAIME

FUÉ este apostólico varon, catalan de nacion, natural de Ordis, del obispado de Gerona, hijo de padres honrados y de mucha estimacion en su lugar.

Criaronle desde pequeño en el temor de Dios, con designio de que fuese de la Iglesia; y, para salir con su intento le enviaron á estudiar á la ciudad de Gerona, adonde por sus buenas prendas, así de virtud como de ingenio, obtuvo una colegiatura en el colegio que llaman del Obispo, adonde con más recogimiento se aplicó al estudio. Servia á los altares, y ayudaba las Misas, y asistia con gran devocion á los divinos oficios.

Ocupado en tan santos ejercicios le llamó Dios para la Compañía, y como era tan bien inclinado y virtuoso, y por esto muy amado de todos (que la virtud verdadera siempre roba los corazones) fácilmente alcanzó lo que pretendia, y así fué recibido en el colegio de Gerona, á veinte de febrero de mil y seiscientos y veinte, con grande gozo suyo y sin resistencia de sus padres, que, como tan pios, le quisieron más en la religion pobre y santo, que en el mundo rico y expuesto á los riesgos del siglo.

Desde que se vistió el hábito de la religion, se vistió con él su espíritu, y se halló incorporado en ella, como si hubiera nacido en la misma Compañía, y en particular le dió nuestro Señor un celo de convertir las almas y predicar á los infieles la fe santa de Cristo, que no pensaba en otra cosa, ni deseaba otro empleo, ni pedia otra cosa á los Superiores, hasta que lo consiguió, como ahora veremos.

El fervor con que pasó su noviciado, y el caudal de virtudes que amontonó para este intento, y el tiempo que se detuvo en Europa, refiere el P. Juan Agustin de Palacios, predicador que al presente es de Valencia, en una carta escrita al P. Domingo Langa, Provincial de Aragon, su fecha de los primeros de setiembre de este año de mil y seiscientos y sesenta y tres, que es del tenor siguiente:

«El P. Estéban Jaime fué connovicio mio, y concurrimos en el Seminario al curso de Artes y algo de Teología.

»Lo que puedo decir de este santo Padre es que en el noviciado pegaba fuego de devocion á los demas novicios; fué mi compañero de aposento algunos meses, y tuvo don de lágrimas, el cual manifestaba en la oracion de

la mañana y de la tarde gimiendo y llorando tiernamente en ella; de ordinario la tenia postrado en tierra, con grande reverencia.

»Lo más del año tenia por cama una tabla, y muchas veces dormia sobre la tierra, sin abrigo ni reparo alguno; las disciplinas eran cotidianas, sin perdonar dia alguno por festivo que fuese; nunca le vi levantar los ojos ni fuera ni dentro de casa.

»En el Seminario guardó siempre lo que habia sacado del noviciado; los viernes ayunaba á pan y agua, y cuando los Superiores le iban á la mano en estos ayunos, porque no le faltase la salud para sus estudios, hincado de rodillas y con lágrimas recababa licencia para continuarlos. Todos los sábados ayunaba á nuestra Señora, de quien fué devotísimo. En el curso de Artes que oimos en Zaragoza, prosiguió con el mismo fervor los ejercicios del noviciado.

»Fué muy perseguido del demonio, y entre otras tentaciones con que le acometió, fué una la del sueño, cargándole en el tiempo de la oracion y del estudio, y para vencerla estudiaba en pié.

»Una noche le cargó de manera que se quedó dormido, y como le echasen de ménos al tiempo de la letanía y de acudir al refectorio, me enviaron á buscarle; halléle en el aposento tan sin sentido, como si fuera una piedra; la frente sobre la llama de la vela, quemada parte del rostro, en que se conoció con evidencia que no era sueño natural, sino impuesto de Satanás, para abrasarle; despertéle como pude, y tratamos luego de curarle.

»Todos los viernes y sábados salia con disciplina pública al refectorio, y los demas le seguian espoleados con su fervoroso ejemplo. Los viernes comia arrodillado, con un capacillo de paja sobre la cabeza, para mortificarse y despreciarse más.

»De hora en hora visitaba el Santísimo, con quien tenia especialísima devocion: fué observantísimo de las reglas en tanto grado que jamas le oimos una palabra fuera de tiempo, ni en romance el tiempo que estudiaba.

»En la mesa dejaba siempre lo mejor de la comida para Cristo: iba muchas veces á comer á la portería con los pobres, y fuera de casa á los conventos.

»Era grande imitador del B. Luis Gonzaga y del bendito H. Berchmans, que eran sus devotos, y así todo lo que le pedian por ellos, lo hacia con gusto.

»Corria entre los de casa opinion que jamas vió rostro de mujer, segun era su modestia y el encogimiento con que andaba: era pobrísimo por extremo, siempre pedia al ropero lo peor y lo más desechado de la casa.

»Comulgaba cada tercer día, y las fiestas ayudaba cuantas Misas podia.

Su humildad fué al paso de las demas virtudes: pidió por oficio cuidar de los lugares humildes y coger la basura de la casa y las telarañas, y ser barren-dero del colegio.

»Los dias de fiesta por las tardes visitaba los hospitales, consolando á los pobres, haciales las camas, cortábales las uñas, y tratábalos con tanto cariño y amor como si fueran sus hermanos.

»Una de las veces que fuí á acompañarle, hallamos un pobre con una grande llaga en un pié, habíasele desatado la venda, y el caritativo Hermano le limpió la llaga, y haciendo alarde de su mortificacion y caridad, se la regaló con la lengua, poniendo la boca en ella y sacándole la materia, como se cuenta de otros grandes santos, no queriendo ser inferior á ellos en la piedad con sus hermanos, cosa que admiró grandemente á todos los que le miraron.

»Acompañando á un Padre por Zaragoza, iba con tanta modestia, que por no abrir los ojos ni levantarlos del suelo, dió con la cabeza en una reja, y fué misericordia de Dios no abríselas en dos partes.

»La caridad que usaba con los de fuera, ejercitaba mucho más con los de casa, así sanos como enfermos, á los cuales visitaba, asistia, servia, consolaba y regalaba cuanto le era posible, barriendo los aposentos, haciéndoles las camas, aplicándoles las medicinas, dándoles la comida y el refresco de enjuagarse cuando lo necesitaban, con una piedad admirable, con que los enfermos se aliviaban y los enfermeros descansaban.

»Fué obedientísimo á sus Prelados; en conociendo la señal de su voluntad ya la tenia ejecutada sin aguardar su mandato.

»Finalmente, este bendito Padre era un dechado de virtudes y un ejemplo de religion en quien todos nos mirábamos, porque su afabilidad y humildad nos robaban los corazones.

»Traia continúa presencia de Dios, y las visperas de comunión hacia su rancho aparte en las quietes con los Hermanos más devotos, así coadjutores como estudiantes, y nos trataba del gran Señor que habíamos de recibir, con tal fuego y fervor que se le encendia el rostro, y sus palabras eran como llamas.»

Hasta aquí el dicho P. Juan Agustin de Palacios en su carta, en que declara el fervor de vida con que este siervo de Dios comenzó las primicias de su religion, el cual continuó todo el resto de su vida, conque mereció ser escogido para apóstol de las Indias, y ser coronado con el laurel del martirio; porque, moviendo Dios á los Superiores con sus repetidas instancias, le asignaron para las islas Filipinas, que es de las más gloriosas conversiones que tiene la Compañía, á las cuales pasó el año de 1625.

Acabó sus estudios en Manila, ordenóse de Sacerdote y luego le entregó

la obediencia la isla de los Negros, llamada así no porque lo sean sus habitantes, sino porque tienen la color más oscura que los otros indios; es muy poblada y está á cargo de la Compañía.

Entró el P. Estéban Jaime en ella año de 1628; aprendió luego su lengua y ganó de manera las voluntades de todos los indios, que le amaban más que si fuera su padre, y él les cobró tal amor, que estuvo treinta años enseñándoles, predicándoles, bautizándolos y administrándoles los Santos Sacramentos y reduciéndolos á la policía cristiana.

Aquí hizo este apostólico varon más vida de ángel que de hombre, predicando á los infieles y á los fieles no ménos con las obras que con las palabras, porque era penitentísimo, humildísimo, pobre y mortificado; su comida un poco de arroz cocido, y por grande banquete algun pescado. Su cama el suelo y por mucho regalo una tabla con alguna manta vieja; sus disciplinas continuas, su oracion perpétua, hablando más con Dios que con los hombres: tan desasido su corazón de todo lo criado y tan prendado de lo celestial y eterno, como si no viviera en el mundo y fuera ya ciudadano del cielo.

No se le conoció afición á cosa de este mundo, siempre aspiraba á lo eterno; todo su corazón empleaba en las almas de los indios, de que tenía una sed insaciable, y de día y de noche trabajaba por ganarlos para Dios, y por reducirlos al camino verdadero de su salvacion; con ánimo invencible se entraba sin temor de su natural fiereza por las selvas y montes adonde moraban, para buscarlos y traerlos á la Iglesia, y enseñarlos la doctrina cristiana.

Habia, cuando entró en la isla, gran número de ellos huidos por los montes, los cuales, vencidos de las deshonestidades y lascivias en que se habían criado, habían apostatado de la fe que recibieron en el bautismo, y vivían como brutos en los páramos y montes más fragosos entregados á sus carnalidades.

Dolorido, pues, el santo mártir de su perdicion, tomó muy á pechos reducirlos á la Iglesia y de vida de brutos á la de buenos cristianos.

No hay pluma que pueda escribir los trabajos, las fatigas, los caminos, soles, aires, frios, riesgos de la vida é incomodidades que padeció para ganarlos y atraerlos, ya con dádivas, ya con alhagos y promesas, ya con temores de los soldados españoles, rogándoles, y pidiéndoles, y buscándolos con indecible paciencia, oracion, penitencia y lágrimas derramadas en el acatamiento de Dios, con quien pudo tanto, que ablandó aquellos corazones más que de piedra.

Uno á uno los fué juntando en tanto número, que formó de todos un pueblo con nombre de *Isiu* ó *Jesus* en nuestra lengua, para que fuese su guarda, con grande gozo de todos los moradores y provecho de sus almas.

Conseguida esta victoria, á juicio de los hombres imposible por la dureza inflexible de los naturales de la tierra, y por hallarlos tan encarnizados en sus vicios, però muy fácil á este varon apostólico, que no fiaba en sus fuerzas, sino en las de Dios, á quien nada es imposible; le dió la corona de su victoria por el medio que diré:

Habia en este pueblo un indio llamado Calbas, carnalísimo, de perverso natural, á quien el bendito mártir había hecho un insigne beneficio, que fué alcanzar del gobernador de la isla que le revocase la sentencia de muerte que tenía dada contra él por sus delitos, para que bajase con seguridad al pueblo.

Vencido este de su mala inclinacion, se amancebó con la mujer de su primo hermano, y para entregarse más libremente á sus lascivias, la robó y llevó á los montes, adonde vivía con ella más como bruto que como hombre de razon.

Dolorido el buen Padre de su perdicion y del mal ejemplo que daba á los demás, se resolvió á ir á buscarle, aunque fuese con riesgo de la vida. Subió al monte, y pudo tanto con sus buenas palabras, que le trujo, como el buen Pastor, en sus hombros á la oveja perdida.

Depositó la mujer en parte al parecer segura; pero el demonio que nunca se da por vencido, movió al dicho Calbas para que segunda vez robase la pobre india y se huyese con ella á los montes.

Sintiolo mucho el buen Padre, y teniendo por caso de ménos valer que el demonio saliese con la suya, volvió á los montes con mayor empeño, y persuadió al malvado indio que bajase al pueblo, y, parte de grado, parte con amenazas, le trujo consigo, y á la mujer envió á otras seis leguas de Isiu, adonde estuviese más segura.

Esto sintió mucho el maldito Calbas, y obrando Satanás en su corazón, trató de venganza con otros dos indios camaradas suyos, y entre los tres concertaron de matar al santo Padre porque le había quitado la ocasion de sus lascivias.

Ayudó á esto haber el Padre hecho retirar la guarnicion de españoles que aseguraban la tierra, porque no vejasen á los indios, cuyo alivio procuraba por todos los medios que podía, con que los traidores quedaron más libres y osados para ejecutar su mal intento.

Alborotaron el pueblo de Isiu, moviendo los ánimos contra el Padre, que á la sazón estaba ausente en el pueblo principal.

Avisáronle que se guardase, porque temían alguna traicion, y que no anduviese sin escolta de indios; mas su alentado corazón no hizo caso de amenazas, así por la confianza que tenía con Dios, como por la experiencia de haber salido victorioso de muchos peligros.

Llegó solo á Isiu un día de fiesta, tocó á Misa y no vino la gente, demostracion que sola bastaba para conocer la traicion que le armaban; mas su grande celo de reducir al rebaño del Señor aquellas almas no le permitió rendirse á estos peligros, ántes con un ánimo invencible se metió por medio de ellos, porque fué á buscar á su enemigo á la sementera adonde estaba con sus dos aliados.

Llegó y saludó amorosamente con muy dulces palabras, regaló con dones para atraerle á su amistad; pero estas dádivas no quebrantaron estas peñas, ántes como ingratos, endurecidos más con sus beneficios, le retornaron por ellos crueles ofensas, levantando uno de los aliados su lanza, y pasándole con ella el cuerpo. Invocó el siervo de Dios los nombres dulcísimos de Jesus y María, y con ellos en la boca, el incestuoso Calbas le atravesó con su lanza, y luego el tercero con la suya, abriendo á su alma tres puertas por donde volase al cielo á ser coronada con la corona y lauro del martirio y juntamente con la palma de vírgen y la diadema de apóstol y promulgador del Evangelio de Cristo: que si S. Juan vió en su *Apocalipsi* al Hijo de Dios con muchas coronas en la cabeza por las muchas victorias que alcanzó con el ejercicio de diversas virtudes, así este soldado esforzadísimo de su santa milicia subió triunfante al cielo con muchas coronas, conseguidas con las victorias de diversas virtudes.

Su martirio fué en los últimos de abril de mil y seiscientos y cincuenta y nueve.

Escribiólo á España y á nuestro P. General el P. José Pimentel, Procurador General de la provincia de Filipinas, su fecha á veinte de junio de mil y seiscientos y cincuenta y nueve.

P. ANDRADE.

P. FRANCISCO COLIN

UNO de los muchos y esclarecidos hijos que ha tenido la religiosísima provincia de Aragon, que han ilustrado nuestra sagrada religion de la Compañía de Jesus, fué el P. Francisco Colin, varon verdaderamente grande por su religion, por sus letras, por el celo que tuvo de la salvacion de las almas, por su admirable prudencia y acierto en el gobierno, por el infatigable

teson con que trabajó toda su vida en la viña del Señor, por sus libros eruditos y por los ejemplos de su santa vida y virtudes, que todas juntas esmaltaron su nobleza é hicieron un ramillete de fragante olor y agradabilísima vista al cielo y á la tierra.

I

Su nacimiento é infancia hasta entrar en la Compañía de Jesus.

Fué este señalado varon catalan de nacion, natural de la noble villa de Ripol, del obispado de Vich; su padre se llamó el Dr. Jerónimo Colin, persona de grande estimacion, así por su sangre como por sus letras, graduado en ambos Derechos, Canónico y Civil; su madre, María Duran, igual en nobleza á su marido, ambos de mucha cristiandad y virtud, que es la que da realce á todas las prendas naturales y valor y estimacion.

Su nacimiento fué el año de 1592, á 15 de julio, y el mismo dia que nació al mundo, renació para Dios en las aguas del bautismo, el cual recibió, sin dar más largas ni permitir sus padres un dia de dilacion, en la iglesia parroquial de la misma villa, y en cumpliendo cinco años recibió el Sacramento de la Confirmacion de mano del Obispo de Solsona, D. Luis Sanchez, que lo fué despues de Barcelona y virrey de Cataluña. Tanto cuidado pusieron sus devotos padres en pertrecharle con las armas de la Iglesia, y prevenirle en aquella tierna edad con la gracia de los Santos Sacramentos; y con el mismo cuidado le dieron luego maestro de toda satisfaccion que le enseñase virtud y santas costumbres.

Con las primeras letras aprendió la Gramática y la Retórica en poco tiempo con tal eminencia, que aventajó á todos sus condiscípulos, dando tales muestras de ingenio y aplicacion á las letras, que su padre concibió firmísimas esperanzas de que, perseverando en el estudio, habia de adelantarse tanto que fuese la honra de su linaje, alcanzando altos puestos por el caudal de su ciencia; y así trató luego de enviarle á Barcelona á estudiar ciencias mayores en la Universidad de aquella florentísima ciudad, cabeza del principado de Cataluña.

Pero no es justo pasar en silencio un caso bien singular que le sucedió en este tiempo, y se tuvo por milagroso, librándole Dios de la muerte por la vida que habia de dar espiritual á tantas gentes: y fué que, bañándose en un rio, le arrebató la corriente, y sin tener fuerza en los brazos para resistir á su ímpetu, le llevaba á las ruedas de un molino que sin remedio le hicieran pedazos. Viéndose perdido y sin favor humano, acudió al divino, invocando